

REFORMA SIGLO XXI

Las sirenas: del mito a la imaginación

■ ■ Antonio Guerrero Aguilar*

Para muchos, su existencia no deja de ser un invento colectivo, causado por la necesidad de ver seres excepcionales. Lo que sabemos acerca de su presencia, depende en mucho de los mitos y relatos orales transmitidos de generación en generación. Incluso el nombre de ellas resulta tan enigmático como evocador. *Sirena* viene de una palabra de origen griego que literalmente significa “las que atan o encadenan con su canto”.

Aquellos que las escuchan, quedan prendados con su voz melodiosa; de manera que pierden el sentido, la voluntad o la vida. Cuentan que tienen ese poder, porque están ligadas al mundo de los muertos. Su canto irresistiblemente dulce como triste a la vez, conmueve al cuerpo y al alma hacia un letargo final, fatal antesala de la muerte y de la corrupción. Pero no siempre llevan un mal anuncio, para algunos representan el placer y el conocimiento que sólo se puede escuchar cuando alguien está bajo el agua.

En la antigüedad se les representaba con formas voluptuosas como atractivas, distinguibles porque del ombligo a los pies, tienen una cola que las impulsa por los mares. Una leyenda procedente de Asia Menor propagada por Diódoro Sículo, aborda la vida de una mujer llamada Derceto quien ofendió a Venus. Como castigo, la diosa le inspiró amor hacia un pastor quien la embarazó y tuvieron una niña llamada Semíramis, convertida tiempo después en reina de Babilonia. Pero al nacer la hija, acabó el amor. Llena de ira, Derceto abandonó a su cría y mató al hombre con quien tuvo relaciones, para luego arrojarse al agua dispuesta a morir ahogada; más los dioses no lo permitieron, dándole la capacidad de adaptarse a la vida bajo la superficie. Derceto es parecida a Atargatis, una diosa siria con forma de sirena, venerada en templos donde había grandes estanques. Era la deidad que gobernaba

los mares, sus sacerdotes vendían las licencias de pesca a los marineros que le consagraban lo que podían obtener con sus redes.

De acuerdo a la mitología griega, descienden del dios Aqueloo, hijo de Gea y Océano, quien regía los ríos y la vida marítima. Alguna vez enfrentó a Heracles, quien al quitarle un cuerno lo hizo sangrar, contando con el apoyo de las musas Estérope, Melpómene y Terpsícore, relacionadas con el canto, la música y el baile. De la sangre derramada nacieron Agláoipe, la de bello rostro; Telxiepia, de palabras aclamantes; Telxínoe, deleite del corazón; Pisínoe, la persuasiva; Parténope, aroma a doncella; Ligeia, la de mortal belleza; Leucosia, ser puro; Molpe, la musa; Radne, mejoramiento; y Teles, la perfecta.

Durante su nacimiento, las musas otorgaron sus prodigios, por eso tienen la cualidad de cantar, así como la tocar la flauta o la lira. Las sirenas están emparentadas con otros seres como los tritones y nereidas. La diosa Perséfone iba escoltada por dos sirenas, cuando Hades la raptó para llevarla al inframundo. Como no pudieron evitarlo, comenzaron a entonar una melodía tan hermosa como triste.

La diosa Deméter, madre de Perséfone, las castigó dándoles su apariencia bestial. De acuerdo a otras leyendas, Zeus las dotó de un cuerpo alado para perseguir a Hades. O que Afrodita envidiaba su gran belleza y por eso las hizo horribles. Originalmente parecían aves nocturnas, similares a las quimeras, pero perdieron sus plumas tras una competencia de canto y música con las musas.

Su imagen aparece en monumentos y ofrendas funerarias, proclamando así su vínculo con el mundo de los muertos. Pensaban que ellas trasportaban el espíritu de los difuntos a Hades. Inicialmente eran unos genios los que vigilaban el paso hacia las Puertas de la Muerte. Eurípides, en una estrofa del coro de Helena, las llamó “jóvenes doncellas”. Las compara como unas figuras pertenecientes al “más allá”, identificándolas

*Historiador y cronista. Estudioso y preocupado por el patrimonio tangible como intangible del Noreste Mexicano. Fue miembro de la Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística, y de la Asociación Estatal de Cronistas Municipales de Nuevo León, y cronista de Santa Catarina.

con las cantoras de las Islas de los Bienaventurados descritas por Platón.

Pero el relato más conocido de ellas, se lo debemos a Homero, cuando Ulises ya de regreso a Ítaca y prevenido por la maga Circe, pasó cerca de la isla donde habitaban. Para evitar el peligro, se hizo atar al mástil de su barco mientras el resto de la tripulación usó taponos de cera para no sucumbir al hechizo. Las sirenas embelesaban a los marineros, para que se estrellaran contra los escollos cercanos y así poder devorarlos. En las orillas y acantilados, aparecían los huesos humanos aún con piel y carne secándose a la intemperie. Cuando no pudieron encantar a los navegantes, las sirenas cayeron al mar y se convirtieron en riscos o perecieron. El cadáver de Parténope fue arrastrado por las olas hasta tierra firme, y en torno a su sepulcro se fundó la ciudad de Nápoles, Italia.

Siempre se les veía descansando sobre los riscos, tocando una flauta, arreglándose el cabello con un peine o con un espejo en las manos. Se movían con facilidad por el Mediterráneo, para concentrarse en una isla llamada Antemoesa que significa “rica en flores”, donde aguardaban el paso de las naves para luego entonar su canto. Según *La Odisea* de Homero, ese punto se localizaba entre Eea y el estrecho de Mesina muy cerca de la morada del monstruo Escila. Otros la sitúan en el mar Tirreno, entre las islas de Sorrento y Capri. Lo cierto es que todas estas ubicaciones tienen en común el ser lugares rodeados de acantilados y rocas.

Con la propagación del cristianismo, desaparecieron muchas creencias paganas. Uno de los santos padres de la Iglesia, San Ambrosio de Milán (337-397), comparó a las sirenas como un símbolo de las tentaciones del mundo, de la lujuria y el deseo. Para San Isidoro (560-636), su existencia justificaba la cultura griega y por ello debían erradicarse. Imaginaban que había tres sirenas, parte virgen, parte ave con alas y garras. Una de ellas cantaba, otra tocaba la flauta y la tercera la lira.

En la Edad Media usaron las imágenes de sirenas en el arte decorativo de los templos y conventos, como señal de la peligrosa tentación encarnada por las mujeres. La cola era un emblema de la prostitución y el espejo (considerado como objeto mágico), era atributo de la mujer impura, usado para contemplar el rostro de la muerte o

el culto al diablo. Algunos estudiosos de la Biblia, argumentaron que lograron sobrevivir al diluvio y que abordaron el Arca de Noé.

Ya en el año litúrgico, representan la transición del carnaval a la cuaresma, del consumo de la carne al pescado. Los alquimistas recomendaban la leche de las sirenas como una proteína, que permitía el crecimiento rápido de los héroes abandonados en el agua. En las *Las mil y una noches*, las sirenas se conciben como iguales a los seres humanos, con una sola distinción, podían respirar y vivir bajo el agua. Admiten que los humanos y las sirenas pueden reproducirse, y los hijos de estas uniones tienen la capacidad de vivir en el agua.

Hasta Cristóbal Colón las pudo ver en uno de sus viajes. Vio tres sirenas que salieron bien alto de la mar, pero no eran tan hermosas como las pintan. Tenían forma de hombre en la cara. Dijo que otras veces vio algunas en Guinea, en la costa de la Manigueta. De acuerdo a una tradición del Mar Caribe, son hijas de los manatíes. En cambio Freud las relacionó con el eros y el tánatos, la belleza y el peligro.

Para los pescadores, las sirenas son seres que se extinguieron debido a los avances tecnológicos de la navegación y a los cambios en las poblaciones de medusas tan letales para la especie. Contrario a lo que se cree, estas criaturas no poseían escamas, más bien tenían pliegues rugosos como los armadillos y habitaban preferentemente en aguas cálidas. Según la región geográfica de la que provienen, existieron tres especies conocidas de sirenas: “Sirena sirena”, perteneciente al Mar Mediterráneo; la “Sirena indica”, que se movía por el Mar Caribe; y la “Sirena erythraea”, que nadó en los mares Rojo, Arábigo e Indonecio. Eran seres inteligentes, con pulgares oponibles, un cerebro desarrollado y una frente amplia, criaban ostras y pastos marinos para alimentarse.

Ya no hay sirenas, solo las vemos en series de televisión, películas, escuchamos de ellas en relatos y mitos; anhelantes de quedar prendados con el canto que nos lleva a un amor pasional como desenfrenado, tan atractivo por el peligro y los riesgos que conllevan. Lo cierto es que todos los relatos las describen y eso da la posibilidad de que alguna vez recorrieron los mares y los océanos.



[...] Primero llegarás a las Sirenas, las que hechizan a todos los hombres que se acercan a ellas. Quien acerca su nave sin saberlo y escucha la voz de las Sirenas ya nunca se verá rodeado de su esposa y tiernos hijos, llenos de alegría porque ha vuelto a casa; antes bien, lo hechizan estas con su sonoro canto sentadas en un prado donde las rodea un gran montón de huesos humanos putrefactos, cubiertos de piel seca. Haz pasar de largo a la nave y, derritiendo cera agradable como la miel, unta los oídos de tus compañeros para que ninguno de ellos las escuche. En cambio, tú, si quieres oírlas, haz que te amarren de pies y manos, firme junto al mástil [...]

La Odisea, Homero